

LA INTERVENCIÓN  
EN LO SOCIAL  
EXCLUSIÓN E INTEGRACIÓN EN  
LOS  
NUEVOS ESCENARIOS SOCIALES

ALFREDO J. CARBALLEDA

PAIDÓS TRAMAS SOCIALES 14  
LA INTERVENCIÓN EN LO SOCIAL

# PAIDÓS

Buenos Aires

Barcelona

México

Cubierta: Gustavo Macri

361.25 Carballada, Alfredo J.  
CAR La intervención en lo social / exclusión e intervención  
en los nuevos escenarios sociales.- T ed. reimp. Buenos  
Aires: Paidós, 2012.  
184 P.; 21x13 cm.- (Tramas Sociales)  
Traducción: Leandro Wolfson  
ISBN 978-950-124514-1  
I. Título. I. Estado y Sociedad

4ªreimpresión, 2012

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2002 de todas las ediciones

Editorial Paidós SAICF y Tatanka S.A.  
Independencia 1682, Buenos Aires  
difusion@areapaidos.com.ar  
www.paidosargentina.com.ar

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

Impreso en Argentina. Printed in Argentina

Impreso en Primera Clase Impresores,  
California 1231, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,  
en julio de 2012 Tirada: 1.000 ejemplares

ISBN: 978-950-12-4514-1



---

## La intervención

### La intervención y las diferentes maneras de comprender la problemática de la integración

Los sucesos y cuestiones que hemos trabajado previamente, y que se relacionan con los diferentes escenarios de la intervención, muestran una serie de relaciones que es posible recuperar para profundizar el estudio del área de la intervención en el presente. En principio, esos escenarios reciben singularmente el impacto de diferentes formas de expresión de la crisis, en tanto sumatoria de acontecimientos que se inscriben con rasgos particulares en la denominada "cuestión social". De ahí que sea posible indagar, entre otros aspectos, acerca de estas cuestiones en diferentes espacios microsociales donde se desarrollan la vida cotidiana, las instituciones y las prácticas fundadas en la modernidad.

Como ya fue planteado, la intervención en lo social surgió fuertemente marcada por una tradición normativa, signada por el propósito pedagógico como forma de mantener la cohesión del "todo social". Lo social en términos de intervención remite, entonces, a la idea de "conjuntos de dispositivos de asistencia y de seguros en función de mantener el orden o la cohesión de lo

que denominamos sociedad". En definitiva, la intervención se relaciona con la "problemática de la integración" y, en este sentido, es posible plantearse diferentes caminos de resolución para la integración.

Por un lado, la tradición normativa pone el eje en el orden de la sociedad. Un orden, si se quiere, constituido artificialmente y mantenido a través de dispositivos de disciplinamiento que se aplican mediante prácticas e instituciones. Según Juan Carlos Portantiero, otra posibilidad de reflexionar sobre la problemática de la integración consiste en pensar lo social desde una perspectiva diferente de la del utilitarismo o el positivismo. Estas cuestiones están presentes en los orígenes de la sociología como campo de preocupación, como así también en el "marxismo occidental", a partir de una desmitificación de lo social que generaría propuestas contrarias a las ideas de Kautski, Lenin o Bujarin.

En coincidencia con el malestar frente al optimismo racionalista, la comunidad es la respuesta al mundo fuertemente fragmentado del contrato. Así, la idea de asociación es trocada por la de lazo social o vínculo social. Ferdinand Tönnies plantea la articulación entre comunidad y asociación mediante los lazos sociales, articulación que implica un viraje tanto respecto de la perspectiva conservadora de Comte como respecto de la reivindicativa de la clase obrera proveniente de los escritos de Marx. De esta forma se marca la tensión entre la pareja individuo y progreso generada en la Ilustración y la crítica romántica a esa pareja desde el pensamiento tradicionalista.

Todo este proceso comienza a observarse en el contexto de principios del siglo cuando los nuevos escenarios remiten a las masas urbanas. Max Weber sostiene que las masas deben dejar de ser un objeto pasivo de la administración, mientras que Antonio Gramsci plantea que los grupos sociales, por el solo hecho de unirse, modifican la estructura de la sociedad (Portantiero, 1998).

En la actualidad, estos aportes de los autores clásicos de las ciencias sociales pueden ser útiles para repensar la

La intervención

sociedad desde la problemática de la integración, marcando un sentido diferenciado a la intervención en lo social.

## La intervención en lo social como proceso

La palabra intervención proviene del término latino *intervenio*, que puede traducirse como "venir entre" o "interponerse". De ahí que "intervención" sea sinónimo de mediación, intersección, ayuda o cooperación y, por otra parte, de intromisión, injerencia, intrusión, coerción o represión. En definitiva, en todo proceso de intervención en lo social podemos, en la mayoría de los casos, encontrarnos con ambas caras de una "misma moneda". En otras palabras, al ser la intervención un espacio, momento o lugar artificialmente constituido como acción, desprenderla de una de las "caras de la moneda", separarla de esa cesión "hobessiana" de soberanía, implicará cierta dificultad, sobre todo si tenemos en cuenta sus aspectos fundacionales.

Reconocer lo artificial de la intervención implica básicamente tender a su desnaturalización, entenderla como dispositivo que se entromete en un espacio, en tanto existe una demanda hacia ella. De ahí que la demanda sea el acto fundador de la intervención. En este aspecto, la demanda proviene de los sujetos que acuden a las instituciones, los organismos, etcétera. Pero, también, la demanda es generada desde las instituciones, la agenda de políticas públicas, los medios de comunicación, etcétera; en definitiva, de la visión de "problema social" que una sociedad tiene.

En efecto, la intervención en lo social implica una dirección definida desde la demanda o desde su construcción, en relación con la denominada "cuestión social". Por otra parte, la intervención implica la existencia de una autoridad: quien interviene lo hace porque está legitimado a partir del reconocimiento del ejercicio de un derecho, o porque hay un

estatuto que reglamenta su gestión, de modo que la intervención se estaría autorizando a sí misma, a partir de un status legal constituido.

La intervención también implica la elucidación de los datos complejos de una situación o acontecimiento, en cuanto aproximación desde un marco comprensivo explicativo de esa situación o, sencillamente, en cuanto búsqueda de una secuencia lógica que dé sentido a lo que se presenta como demanda y a su vez plantee la posibilidad de respuesta a partir de determinados dispositivos para la acción. En otras palabras, intervenir implica la construcción de una lógica del acontecimiento fundante de la demanda desde cierto marco teórico o campo de saber.

En este sentido, la intervención desencadena una serie de expectativas y consecuencias fuertemente ligadas a la construcción simbólica y a las representaciones de quien está interviniendo. De esta forma, una modalidad de intervención se vincula a un determinado marco conceptual que, ligado a una serie de aportes teóricos y empíricos relacionados con el contexto, genera "formas típicas" de intervención.

En un trabajo de investigación realizado en la Universidad Nacional de La Plata se desarrolla la posibilidad de aplicación de la noción de modelo para lograr una aproximación más exacta a las formas de intervención:

Una forma posible de estudio y análisis de las prácticas que actúan dentro del campo de la salud es a través de la utilización de la noción de modelo. Desde esta perspectiva podrían abordarse tanto los fundamentos epistemológicos de las mismas, como así también las distintas maneras de intervención profesional, en diferentes contextos y en distintos momentos históricos (Barberena y otros, 1998).

En definitiva, la intervención es un procedimiento que actúa y hace actuar, que produce expectativas y consecuencias. Así, la intervención implica una inscripción en ese "otro" sobre el cual

se interviene, quien a su vez genera una "marca" en la institución, donde desencadena una serie de dispositivos e instrumentos.

Estas características de la intervención implican algunos interrogantes. En principio, desde una visión foucaultiana, las preguntas girarían alrededor de quién tiene poder para impulsar la intervención, o, desde otra perspectiva, quién paga la intervención o a quién ambos (profesional y sujeto de la intervención) deben rendir cuentas.

La intervención implica un contrato, en la medida en que determina con precisión un conjunto de reglas prácticas relacionadas con ella. De ahí que sea un proceso fuertemente atravesado por las cuestiones anteriormente mencionadas.

Pero, en definitiva, ¿qué debe hacerse desde la intervención, en especial desde las expectativas sociales que genera? La intervención supone alguna forma de búsqueda de respuestas a interrogantes eminentemente sociales; por lo tanto, debería producir modificaciones en relación con la cuestión puntual en que es llamada a actuar; así, aparece una vez más la delimitación de un territorio, el espacio o lugar de la cuestión social. En este aspecto, la noción de territorio que plantea Michel Foucault puede ser útil, en cuanto demarcación política: "Territorio es sin duda una noción geográfica, pero es en primer lugar una noción jurídico-política: lo que es controlado por un cierto tipo de poder" (Foucault, 1980).

De esta forma, el lugar de la intervención se transforma en territorio, es decir, un espacio jurídico, que habla de la legitimidad de la intervención, y político, que marca la "agenda" donde se construyen diferentes aspectos de la cuestión social.

## La intervención desde una perspectiva asentada en el concepto de comunidad

En principio, y retomando la visión cercana a la noción de comunidad, la intervención se apoya en una serie de cuestiones que es necesario precisar. La primera de ellas remite a lo social,



construcción que puede presentarse como discursiva y que genera sujetos de conocimiento. En términos de cotidianidad, lo social se construye a partir de imaginarios sociales, de representaciones, que generan diferentes impactos en la singularidad de cada grupo, barrio o sujeto. Desde la perspectiva de los imaginarios sociales, imaginario no es solo "imagen de", sino una creación incesante, indeterminada porque es atravesada por lo psicológico, lo social y lo histórico que, en definitiva, impacta en el orden de lo real.

A su vez, la noción de representación se relaciona con un conjunto de conceptos, percepciones, significados y actitudes que los individuos de un grupo comparten en relación con ellos mismos y con los fenómenos del mundo que los circunda. A su vez, esas representaciones se resignifican en una serie de espacios microsociales que tienen como común denominador a la vida cotidiana.

Por otra parte, la visión de lo social como algo constituido de la vida cotidiana exige considerar la construcción de intercambios y reciprocidades en un grupo, familia, barrio, etcétera. Así, se intenta comprender y explicar lo social desde la singularidad, centralizando la mirada en los propios actores.

Desde esta perspectiva, la vida social se organiza en términos de símbolos, que adquieren significado según la representación de quienes construyen y recrean el mundo en que viven, el que a su vez está condicionado por influencias macrosociales que se resignificarán dentro del orden de lo real, en términos lacanianos.

Más cercanos a la fenomenología de Edmund Husserl y de Alfred Schütz, la "acción" sería la unidad de la sociedad. La acción se centra en el análisis y la experiencia personal de los individuos. De esta forma, la "verdad" de la vida social se encuentra en la subjetividad de sus participantes.

Perspectivas filosóficas como las mencionadas revelan la necesidad de aproximarse a la subjetividad de ese "otro" que se presenta en el territorio de la intervención, mediante interrogantes que van desde cómo construye su mundo a cómo

le da sentido, pasando por cómo lo explica. Es posible, entonces, acceder a una "explicación" de la vida social ubicada en último término en las experiencias vividas por el individuo. Pero la experiencia social resulta ser, en definitiva, comunitaria.

Por su parte, lo simbólico impacta en la esfera del sujeto desde una forma particular en el orden de lo real. En este aspecto, esa relación entre lo simbólico y lo real puede entenderse de dos maneras diferentes: a partir de una concepción aristotélica, y en este juego se capta el eidos o esencia, o desde una visión positivista, mediante la cual se capta la totalidad objetiva a partir de la memoria. Así, la "reducción eidética" permite la reconstrucción del mundo de la experiencia, en tanto elementos, "capas" de sentido, generación de sentido, horizontes de sentido espaciales, temporales y temáticos (Waldenfels, 1997).

Desde la búsqueda de acceso a la subjetividad, lo que resulta de ese juego de articulación entre los órdenes de las representaciones, lo real y lo simbólico, es lo que se denomina "registro", y este se vincula a imágenes anteriores que son retomadas, asimiladas y resignificadas. En definitiva, se encuentra en relación con un complejo de imágenes que preceden y dan forma a una nueva impresión. Las simbolizaciones se van creando a través de las mediaciones entre sujetos, en un espacio-tiempo compartido. Lo social implica una comunidad que existe y se recrea a través de símbolos mutuos. Así (especialmente a partir de las formulaciones de Alfred Schütz), es posible pensar la constitución de la intersubjetividad. Diversos autores recibieron influencias del pensamiento fenomenológico: MerleauPonty, Sartre, Ricoeur o Derrida; todos ellos ponderan lo subjetivo. En definitiva, la experiencia social se construye en gran parte según este juego, de modo que la conciencia humana presupone la realidad y existencia de otros. Las experiencias de las personas están mediatizadas por los modos de pensar y sentir, que se transmiten a través de los lazos sociales.

## J.

La intervención, planteada desde este lugar, implica una necesaria búsqueda de significados en las instituciones, acciones, imágenes, expresiones, acontecimientos que en definitiva construyen lo cotidiano. Acontecimientos que de alguna manera se inscriben en un texto: así, el barrio, la vivienda, la institución, etcétera, se nos presentan como textos a develar e interpretar; textos que en definitiva remiten a un "orden gramatical", fuertemente marcado por la singularidad de quienes escriben y reescriben las diferentes inscripciones.

La importancia del vínculo entre representaciones y cotidianidad implica una necesaria mirada a la relación entre las ciencias sociales y la subjetividad.

Desde los inicios de la modernidad, la separación entre individuo y sociedad marcó toda una serie de controversias de tipo epistemológico. Individuo y sociedad fueron históricamente presentados como pares antinómicos. Luego, sobre todo a partir del siglo XX, se intentaron construir innumerables puentes, relaciones e interacciones entre ambos. Uno de estos intentos es el que llevó adelante, por ejemplo, la psicología social.

En la modernidad, el individuo era presentado como lo "Interno" y la sociedad como lo "externo". En principio, la noción de subjetividad, dentro del campo de las ciencias sociales, implica la no separación de ambas instancias. Pero lo subjetivo, la subjetividad, no se pueden pensar en términos universales. Una vía posible de acceso a la subjetividad pasa, en principio, por el camino de la singularidad. Desde una perspectiva si se quiere metodológica, es necesario particularizar aquello que ha soportado años de universalización. De modo que esta mirada conlleva, por un lado, la elucidación crítica de una serie de nociones que intentarían "desencializar" lo social

cotidiano, y, por otro, surge la necesidad de trabajar la dimensión sociohistórica de la subjetividad.

Desde la perspectiva de la desencionalización, este camino implicaría des-encubrir aquello que una homogeneidad artificialmente constituida elaboró u ocultó. En esta línea de trabajo, es posible hallar valiosos aportes en los textos de Castoriadis sobre la "elucidación crítica", en la visión de la desconstrucción de Derrida y en el análisis genealógico que propone Michel Foucault. La dimensión sociohistórica del sujeto implica, por su parte, la búsqueda de criterios multirreferenciales que permiten pensar de otro modo la separación artificial entre individuo y sociedad.

En definitiva, los sujetos construyen su identidad en un juego de articulación de los órdenes imaginario, simbólico y real. En estas condiciones es posible pensar la denominada intersubjetividad o las diversas manifestaciones del padecimiento subjetivo asociadas al atravesamiento de lo real, lo que se presenta como demanda casi constante hacia la intervención en lo social.

A su vez, la identidad del sujeto se constituye en un espacio-tiempo donde lo singular se encuentra con lo colectivo, con lo histórico, con los otros. El horizonte de la intervención en lo social, en relación con la problemática de la integración, está fuertemente ligado a la identidad, vinculada a su vez a formas de entender y explicar la historia y la cultura.

A partir de que la sociedad "construye" problemas sociales, el sujeto de la intervención mediatiza esa construcción en su vida cotidiana, según un marco comprensivo explicativo que le dará forma a su padecimiento. Pero es justamente en esa cotidianidad donde se construyen los significados atravesados por elementos del orden de lo real y de lo simbólico enmarcados en micro y macrodiscursos que atraviesan la intervención, que, en este sentido, implica un proceso de análisis que intenta

comprender y explicar esas articulaciones. Esa vida cotidiana se encuentra estructurada en diferentes aspectos y visiones y de alguna manera enmarca la intervención en lo social, por eso resulta necesario comprender y explicar los aspectos significativos de la vida social, e intervenir buscando transformaciones, en suma, construyendo la visión particular del acontecimiento que convoca a la intervención.

Desde este punto de vista, es preciso definir y abordar la noción de identidad, ya que la intervención en lo social se liga a la idea de comunidad. En definitiva, la dirección de la intervención se orienta hacia la cuestión de la identidad como un elemento articulador de la problemática de la integración. Así, la identidad desde una perspectiva social se expresa en forma contextual, o sea, se inscribe en un escenario que tiene una serie de connotaciones: es territorial, lingüística, familiar, histórica, religiosa, etcétera. La identidad se construye en la interacción, en la influencia mutua, en el espacio de la vida cotidiana; se elabora dentro de un "sistema" de símbolos. Por eso se relaciona con una serie de significaciones que abarcan el trabajo, la vivienda, la salud, etcétera. Así también se crea una posición o mirada en relación con las necesidades sociales y su impacto en la cotidianidad.

La vida cotidiana implica relaciones informales que se establecen entre vecinos, amigos, parientes, con el objeto de construir intercambios y reciprocidades. Por ejemplo, en los trabajos de E. Goffman, la mirada puesta en la vida cotidiana se apoya en la importancia de las interacciones que se constituyen en este ámbito. Los trabajos de este autor intentan describir las reglas que en diferentes épocas controlan las interacciones de la vida cotidiana. A su vez, esta puede ser entendida desde las significaciones (Geertz, 1994), como procesos de producción y reproducción del orden vigente (Agnes Heller) o como cultura de

presentación en los trabajos (Gofran). En definitiva, se trata de relaciones informales que se construyen en la interacción diaria, y justamente es dentro del universo de lo simbólico donde estas relaciones adquieren significación.

Esas relaciones son vehículos de intercambios simbólicos, los cuales comprenden la disponibilidad efectiva del otro, la recreación del vínculo, el sustento de la pertenencia, el fortalecimiento de la identidad, la reconstrucción de interacciones, el rearmado de relaciones, la memoria, etcétera.

Así, la intervención se construye desde la producción y reproducción cotidiana de la vida social, explicitada a través de múltiples expresiones de la cuestión social. Para una intervención que se orienta a una visión de lo social desde la perspectiva comunitaria, el acceso a la singularidad implica una mirada hacia los lazos sociales como elementos fundantes de esta.

## Algunos aportes hacia los procedimientos de la intervención desde diferentes campos de saber

En la intervención en lo social, lo que sobresale es la presencia de relatos. Es decir, la intervención implica analizar relatos, que se recortan dentro de lo que se denomina "cuestión social" y poseen una faz material y una simbólica que se constituyen de manera histórico-social, como forma de expresión de diferentes actores sociales.

Esos relatos forman parte del núcleo significativo de los sujetos que demandan intervención. A su vez, los relatos atañen a la construcción real y simbólica de aquel 110 que es presentado como problema. Según C. Geertz, los relatos portan en sí mismos las claves para su interpretación.

Los relatos están mediados en la intervención por diferentes instrumentos, así como también por distintas

categorías de análisis. Esa construcción de los sujetos que recurren a la intervención implica ciertas cuestiones que es necesario demarcar. En principio, que desde la intervención se interpretan situaciones, se captan las motivaciones y las intenciones de los demás, se logran entendimientos intersubjetivos, a veces se actúa coordinadamente y dentro de un universo social.

Estos intentos de aproximación a lo subjetivo posibilitan la recuperación de determinadas categorías de análisis provenientes de las ciencias sociales. Tal es el caso del pensamiento de Max Weber, que puede ser útil desde una perspectiva metodológica porque permite pensar la construcción de categorías de análisis y la dirección en que se realizará la intervención. Como antecedente, la escuela historicista alemana realiza algunos aportes, entre los cuales cabe destacar el planteo de Dilthey sobre la diferencia entre las ciencias histórico-sociales y las de la naturaleza: las primeras se relacionan con un objeto que les es propio y las segundas, con un objeto que les es externo. En este marco surgen las nociones de *erleben* (expresión) y *verstehen* (comprensión). Se plantea, entonces, la posibilidad de construcción de categorías dentro de las ciencias histórico-sociales, traduciendo en términos abstractos las formas estructurales de la vida. Las categorías, según las concibe Dilthey, tienen valor, significado y fin; desde una manifestación determinada por la historia llegan hasta el espíritu de los hombres que las elaboraron. De ahí que *verstehen* implica introspección. Por otra parte, las ciencias naturales expresan una relación de causa-efecto que permite construir un sistema de leyes universales desde la explicación. En síntesis, el aporte del pensamiento de Dilthey implica una relación de comprensión (*verstehen*), en tanto conexión, de la Historia y las Ciencias Sociales.

Para Dilthey, comprensión y explicación se presentan como pares antitéticos. Weber, influido en parte por el

historicismo y el romanticismo, tratará de articular y unificar los dos conceptos. Desde la noción de racionalidad, tratará de investigar conexiones de sentido tomando como base la racionalidad con acuerdo a fines.

Los aportes metodológicos de Max Weber en relación con la intervención en lo social facilitan la definición del análisis, la construcción de planos de análisis que integren la comprensión y la explicación, la incorporación de la racionalidad y el logro de la autonomía de las ciencias sociales.

Para Weber, explicación y comprensión no son contradictorias. La explicación es una parte, un momento del análisis, no un fin en sí misma, y requiere la contrastación empírica, que implica la existencia de una cadena causal que puede estar presente o no. Por otra parte, la comprensión implica un acceso a la singularidad, en tanto incorpora la racionalidad propia de cada individuo. Es en este juego de comprensión y explicación donde surge la "imputación de sentidos". Desde las conocidas conceptualizaciones de Weber que apuntan a la idea de que los hombres, para vivir, necesitan imputar sentidos a lo que hacen y que solamente algunos aspectos de los fenómenos individuales son dignos de ser conocidos y solo ellos son objeto de explicación causal, es posible pensar en la construcción de categorías de análisis, no solo para entender lo social o describirlo, sino para repensar la intervención. En este proceso emerge la idea de uniformidades aisladas dentro de la multitud, que abre paso a la noción de los tipos ideales que intentan constituir uniformidades típicas que se aproximan a los conceptos o, en definitiva, hipótesis interpretativas con una posible validación empírica: se pretende dar cuenta, en un plano individual, de los acontecimientos histórico-sociales, acceder a lo macrosocial desde lo micro, en definitiva, desde la palabra del otro.



## Algunas cuestiones instrumentales

El pensamiento de Weber plantea la necesidad de distinguir las determinaciones de lo histórico en lo individual y lo digno de ser conocido. A su vez, también plantea la necesidad de encontrar las causas significativas que permiten recortar el fenómeno que podrá ser tanto explicado como comprendido (por ejemplo, la relación entre las manifestaciones macrosociales de la violencia, su expresión en lo urbano y su posible intromisión en la vida doméstica). De esto se sigue, entonces, que desde las dos últimas formas de expresión se pueden presentar demandas de intervención en lo social, lo que implica una necesaria aproximación a los componentes del acontecimiento que se intenta comprender y la construcción de una "lógica del acontecimiento" que generó la demanda. La aproximación a la intervención, desde esta perspectiva, implica un proceso que a simple vista puede ser percibido como de individualización, cuando en realidad es un intento de aproximación a lo macrosocial desde los espacios microsociales.

Desde la perspectiva de los tipos ideales de Max Weber, la explicación de la esfera de lo individual presupone un saber nomológico, un conjunto de uniformidades típicas que expresan un comportamiento que puede ser comprobado desde lo empírico. Estas pueden ser elaboradas en forma similar a los conceptos a través de procedimientos de abstracción; de ahí que el resultado sea un "tipo ideal". Este "tipo ideal" se constituye a partir de aquellas uniformidades de la conducta de los hombres que están cargadas de sentido. Esas pequeñas uniformidades, empíricamente comprobables, se expresan en los tipos ideales, de modo que la comprensión (*verstehen*) puede ser útil para analizar y estudiar la conducta como "acción social".

Según Weber, la "acción social" se construye en la medida en que se encuentre subjetivamente relacionada de modo intencional con el comportamiento de otros.

Hablamos de acción comunitaria cuando la acción humana está relacionada, de una manera subjetiva dotada de sentido, con las actitudes de otros seres humanos [.. .]. Una acción racional ligada a un fin está orientada con base en expectativas. Las expectativas de una actitud dada de otros seres humanos, aparte de aquel que está actuando de una manera subjetivamente racional, puede estar basada en el hecho de que esa persona espera de ellos una actitud dotada de significado, con varios niveles de posibilidades (Weber, 1986).

Weber insiste en que en la sociedad existen fundamentalmente los individuos y los significados, entendidos en un sentido puramente subjetivo, significados que los individuos atribuyen a sus acciones y a las de otros, con quienes interactúan.

Para Weber, lo social no tiene existencia por sí misma; solo existen los individuos, en tanto sujetos.

Consecuentemente, para la sociología comprensiva el punto de partida son las representaciones de los actores que no remiten a otra cosa y, como resultado, son en principio perfectamente "transparentes". Esta transparencia está muy bien ejemplificada por la racionalidad de fines (Zweckrationalität), cuyo perfecto ejemplo es el mercado. Aquí no es necesario recurrir a las representaciones colectivas, significados extraindividuales o presiones normativas. Todo lo que se requiere es el cálculo racional de costo y beneficio. En resumen, la acción racional con un fin propuesto es el modo de acción del homo aconomicus, que no puede evitar el ser perfectamente transparente porque sus razones, aunque subjetivas, son perfectamente comprensibles para cualquier observador externo. Aquí, libertad, racionalidad y

transparencia están inextricablemente ligadas (Pellicani, 1995).

En síntesis, desde el pensamiento de Max Weber es posible acceder a la construcción de significados en la esfera del sujeto. De esta forma, un enfoque de tipo interpretativo, desde la perspectiva de la intervención, implica la búsqueda de motivaciones y no de causas, mediante el reconocimiento y análisis de la multiplicidad de las primeras. Las motivaciones se relacionan con nuevas codificaciones, son productos del lazo social en tanto construcción de reciprocidades e intercambios. Así también los papeles sociales pueden ser entendidos como un lenguaje, una gramática social que depende de un grupo de sujetos determinados, donde se construyen significados. Este entendimiento requiere una necesaria reflexión alrededor de las producciones discursivas y las prácticas sociales. En otras palabras, requiere articular la acción discursiva del mundo social con la construcción social de los discursos (Chartier, 1996).

Es posible pensar que la actitud frente a lo que consideramos problema social puede ser similar a la del lingüista o el semiólogo frente al texto, en tanto necesidad de captar el significado de la acción, de las motivaciones, para definir la dirección de la intervención.

Según la escuela crítica, la ideología, las fuerzas sociales y las presiones políticas dan sentido a la acción, además de las motivaciones. Estas cuestiones también muestran la necesidad de reflexionar sobre los acontecimientos históricos que acompañaron el desarrollo de las ciencias sociales durante el siglo XX.

La irrupción del nacionalsocialismo y el fascismo, el triunfo del stalinismo, obligaron a retomar una vez más la cuestión del sujeto. Era preciso adentrarse en lo que Georges Bataille,

en consonancia con W. Benjamin y los frankfurtianos, denominó felizmente como la estructura psicológica del fascismo (Álvarez Uría, 1997).

De esta forma, los científicos sociales críticos comenzaron a indagar la subjetividad, y utilizaron el psicoanálisis para construir una aproximación a lo interpretativo.

Si analizamos la lógica de fondo de las imaginativas y esclarecedoras producciones intelectuales de C. Wrigth Mills, E. Goffman, L. Coser y otros sociólogos críticos norteamericanos, resulta claro que tras la elite del poder, tras la conceptualización y crítica de las instituciones totales, o la diseminación por todo el cuerpo social de las instituciones voraces, lo que está en juego es no solo la negación de determinadas libertades en determinadas coyunturas específicas sino también, y sobre todo, la perpetuación del autoritarismo y del fascismo precisamente en el interior mismo de los regímenes democráticos (Álvarez Uría, 1997).

Desde el comprensivismo se altera el orden de las causalidades (los efectos pueden estar antes que las causas), por lo cual los fenómenos histórico-sociales se presentan como complejos y se admite la gran dificultad para acceder al todo. De ahí la necesidad de captar variables relevantes, comportamientos, interrelaciones. En definitiva, acceder al mundo del otro, al modo como lo interpreta, comprende y explica. Así, el comprensivismo cambia la noción de causalidad por la de conexiones causales, que no son leyes ni enunciados generales sino lo que constituye la imputación de sentidos a la acción social en términos de Weber.

Las conexiones causales implican constelaciones individuales e históricas de causas que conducen al fenómeno como resultado. El fin ya no es el conocimiento

de las causas, sino el medio que facilita el acceso a la imputación de sentidos.

A su vez, según G. Simmel, no es posible comprender la sociedad sin tener en cuenta la existencia de movimientos que separan o acercan diferentes constelaciones. Es decir, toda sociedad vive en "acto" pulsiones que alejan o acercan a grupos, personas, etcétera. La sociedad es posible a través del lazo social en tanto acción recíproca.

Además, la consistencia de los lazos sociales depende de "regiones" de significación con reglas de pertinencia, circunscriptas por las interacciones. En definitiva, no existe la sociedad sin acciones recíprocas, y esa reciprocidad lo que se constituye como desafío para la intervención en lo social. Desde esta perspectiva, se puede acceder a una visión dinámica de la sociedad que se vincula en gran parte a las características culturales.

Es posible pensar, entonces, una relación entre comunidad y cultura por fuera de parámetros estáticos. En otras palabras, la existencia de códigos y sanciones es otra fuente de mirada para la intervención en lo social. Este sistema de codificaciones abarca diferentes esferas que incluyen lo religioso, lo moral, la ley y las costumbres, mientras que las sanciones pueden ser suprasociales (provenientes de la religión), sociales, de aplicación de fuerzas o surgidas en la esfera de la cultura.

### Algunas aplicaciones de la intervención en lo social

Desde una demanda construida a partir de la violencia doméstica es posible, por ejemplo, elaborar una lógica del acontecimiento que convoque la intervención, y que permita delimitar categorías de análisis enfocadas, en principio, en la explicación y la búsqueda de "conexiones causales".

De esta forma, una demanda como la mencionada puede relacionarse con la pérdida de reciprocidades e intercambios de las relaciones vinculares de los miembros afectados. Asimismo, son múltiples las motivaciones que deben ser consideradas: la emergencia del matrifocalismo (como forma de alteración de papeles y funciones en una unidad doméstica); la caída o pérdida de grandes relatos explicativos (que implican una posible construcción de nuevas esferas de explicación para cada integrante de un grupo familiar); el impacto de la crisis económica (con su carga de incertidumbre e inquietud); dificultades para recodificar lo nuevo como incierto; la implosión de lo paterno masculino; la crisis de las instancias sociales de contención; el deterioro de los vínculos solidarios; interrogantes como: ¿la violencia puede ser una forma de lenguaje o es un fenómeno nuevo que obstruye?.

En definitiva, se presentan cuestiones que implican la necesidad de nuevas formas de aproximación a la demanda que comienza a construir la intervención. En otras palabras, se intenta una vez más una aproximación a lo social desde la búsqueda de la comprensión y explicación de los actores en el escenario de su vida cotidiana.

De este modo, los relatos que se presentan se recortan en torno a lo que cada momento histórico propone como problema social, y forman parte del núcleo significativo de ese sujeto que demanda atención; de ellos dependen la construcción real y simbólica de aquello presentado como problema.

Así, desde la intervención se derivan diferentes aproximaciones a la misma cuestión: el relato que surge de una historia social en un hospital psiquiátrico o general, la narración de las dificultades y posibilidades organizativas de un barrio o comunidad, las necesidades sociales, etcétera.

En suma, el relato posee un plano material y uno simbólico que se manifiestan en la demanda. Esta se consume en forma histórico-social, y es la expresión de los actores sociales. Todo este proceso es mediado por una determinada modalidad de intervención y por categorías de análisis que se van construyendo en forma permanente.

La intervención en lo social se elabora entonces como un dispositivo que intenta articular lo real con lo subjetivo, a través de lo imaginario y lo simbólico. Y en esta articulación es preciso interrogarse: ¿cómo se construyen esos órdenes? , ¿cómo se actualizan? , ¿cómo se transmiten? , y especialmente, ¿cómo se mediatizan?

Una experiencia llevada adelante a través de un programa de autoconstrucción de viviendas y ayuda mutua ilustra lo que acabamos de exponer:

La información necesaria para cubrir los casilleros de la encuesta social no era suficiente para acceder a algunos componentes de la singularidad de los actores intervinientes [...] este momento no debe ser entendido en términos morales y de presentación por parte de los involucrados de mayores carencias o méritos para poder acceder al PE. Todo lo contrario. Me estoy refiriendo solamente a la necesidad de hacer presente las trayectorias personales, familiares y colectivas de esos vecinos e incorporarlas [...] al proceso de autoconstrucción de viviendas por el sistema de ayuda mutua. Para poder lograrlo era necesario aproximarse a la subjetividad de los posibles autoconstructores y comenzar a profundizar algunos de sus componentes y la cultura (Rivas, 2001).

Otra cuestión significativa de la intervención en lo social se relaciona con la recuperación de solidaridades. La noción de solidaridad permite repensar algunas cuestiones relevantes de la intervención, desde donde se intenta problematizar conceptos que en definitiva remiten

a la idea global de solidaridad. De esta forma igualdad, identidad, pertenencia, presencia, origen, etcétera, se relacionan con la problemática de la integración, en el sentido de la refundación de solidaridades. De modo que resulta necesario dejar de lado algunos presupuestos de tipo dicotómico, como salud y enfermedad, ya que desde la perspectiva de la integración, la no dicotomía de ambos conceptos implica una forma diferente de posicionamiento frente a esos temas, vinculándolos a la historia, la singularidad y el contexto. En definitiva, la oposición entre salud y enfermedad no es más que una "construcción", al igual que otras que remiten a la separación entre sujeto y objeto, individuo y sociedad, interioridad y exterioridad, instancias que al separarse se proponen como categorías ahistóricas y asociales, ratificando una supuesta "universalidad".

Algunas veces la presencia de la demanda desde la institución o desde el "caso social" insta a pensar la intervención en términos próximos al comprensivismo. En principio, diremos que el acontecimiento que funda la intervención a partir de la demanda puede leerse desde las motivaciones que determinan el sentido de la acción. Este proceso es atravesado por pautas culturales que a veces dan cuenta de las dificultades actuales para la transmisión de códigos y experiencias, especialmente a partir de la caída de los grandes relatos contenedores. Esto puede mostrar cierto grado de complejidad en tanto se incorpora una cultura que puede ser propia. Desde esta perspectiva, la mirada desde la intervención en lo social se puede orientar en el sentido de la acción a partir de la imputación de sentidos que da forma a la demanda.

Intervenir también implica interrogarse sobre las circunstancias, construcciones o acontecimientos que se interponen entre sujeto e identidad. Tal vez el camino más relevante de la intervención consista en aproximarse a esas



cuestiones a partir de una separación entre sujeto e historia en una sociedad que se presenta como fragmentada.

Félix Guattari aporta una visión interesante de las potencialidades de este dispositivo. Se pregunta:

¿Cuáles son las posibilidades de la intervención, los márgenes reales de maniobra de los maestros, los trabajadores de la salud mental, los trabajadores sociales? Para determinarlo es necesario que se superpongan discursos de diferentes órdenes y no solamente discursos de teorización general, sino también "microdiscursos" más o menos balbuceantes, en el nivel de las relaciones de la vida cotidiana [...]. El análisis consiste en articular en hacer coexistir, en disponer según un principio de transversalidad, en lograr que se comuniquen transversalmente esos discursos (Guattari, 1981).

En definitiva, la intervención en lo social implica una necesaria articulación entre la subjetividad y los procesos colectivos con un horizonte predeterminado: el de la problemática de la integración. Este proceso es accesible a través de la interpretación del acontecimiento, el análisis y el registro. Por último, la intervención en lo social expresa la necesidad de una búsqueda, de una construcción, de una modalidad discursiva diferente, determinada ahora por el sujeto, por su propia palabra, por su singularidad, a la vez que recupera la importancia de los vínculos de ese sujeto con otros, buscando desde allí una resemiotización de aquello que se construyó discursivamente como hegemónico. Una alteración de la gramática que permita una nueva enunciación de lo real.

### La intervención en espacios microsociales

La intervención en lo social y los espacios microsociales. El caso del trabajo social comunitario

El estudio y el análisis del contexto social, ya expuestos en capítulos anteriores, de alguna manera marcan una dirección a la intervención en comunidad, que puede relacionarse con la "problemática de la integración". En otras palabras, es posible definir la intervención en el ámbito de la comunidad como un dispositivo que intenta producir modificaciones, justamente en las expresiones locales que son efecto de esa problemática.

De esta forma, el horizonte de la intervención comunitaria se vincula en principio a la posibilidad de trabajar los aspectos más significativos de la "problemática de la integración", que se expresan en el plano local en forma de "fragmentación social".

La expresión microsociales de la intervención es visible a través de múltiples reclamos y reivindicaciones vinculados a la calidad de vida, que muchas veces tienen

un carácter reducido, acotado a una cuestión específica. En otras palabras, y en líneas generales, el reclamo producto de la organización barrial no apela al todo social en términos de su transformación, sino que quedaría dentro de los límites del espacio microsocioal. Pero esto no hace que deje de interpelar ni que pierda su carácter organizativo: simplemente, y tal vez en forma momentánea, se restringe a una dimensión menor que en épocas anteriores.

Otra expresión de la fragmentación de lo social se manifiesta a través de diferentes formas de padecimiento. Tanto la fragmentación como el padecimiento interrogan a la intervención en lo social en tanto posibilidad de intervenir sobre aquello que la crisis separó. En efecto, el trabajo comunitario puede proponerse, dentro de sus lineamientos generales, intervenir en los procesos o fenómenos de fragmentación (en tanto trama social), a partir de su expresión local, intentando reparar o reconstituir aquello que las condiciones sociales, económicas y políticas fragmentaron.

En este sentido, entonces, la intervención comunitaria se relaciona con una serie de elementos integradores, organizadores y simbólicos que pueden servir en función de la reconstrucción de identidades en un escenario microsocioal. Así, la intervención en la comunidad implica una modalidad singular, según la cual construye su complejidad a partir de la elaboración de dispositivos que van a actuar en espacios microsociales, cuyo horizonte se relaciona con la integración, la organización barrial y la identidad.

Lo microsocioal implica una mirada a lo local y una búsqueda de la singularidad del escenario de acuerdo con sus propias características y su relación con lo macrosocioal. Por otro lado, la singularidad forma parte de una construcción histórica de esa comunidad que va a tener significados

particulares. Es decir, el acceso a la singularidad permite incorporar historicidad a la intervención comunitaria, lo que implica una apertura hacia la concepción de los problemas sociales desde su construcción, ampliando de esta forma la mirada hacia la posibilidad o no de distintas formas de reparación propias de cada lugar, que pueden ser evidentes o que necesitan ser develadas desde la intervención.

La intervención en comunidad, si bien se apoya en lo expuesto, también permite hacer más operativos y factibles los diversos programas sociales que se aplican y, a través de la triangulación entre elementos cualitativos y cuantitativos, evaluar el impacto de las estrategias de intervención utilizadas. En definitiva, se trata de elaborar modalidades de intervención que puedan singularizarse en lo local.

Por otra parte, el espacio de lo barrial instaura una serie de significaciones a través de las cuales puede observarse la tensión entre lo público y lo privado. Es posible pensar el barrio en una trama de significaciones, desde la apropiación social del espacio, hasta la construcción o el intento de constituir un orden propio que habla de la cultura e historia de quienes lo habitan.

La sociedad crea los espacios y, en muchos casos, los conflictos sociales urbanos muestran las marcas que quedan inscriptas en el territorio de lo barrial: un barrio, una comunidad, un espacio, es un texto que es posible develar. Al mismo tiempo, la sociedad es el lugar donde se expresa la complejidad de los lazos sociales, ya que es el espacio donde transcurre gran parte de la cotidianidad. Distintos elementos materiales y simbólicos le dan características definidas al espacio. Una forma de construcción de identidad pasa, en muchos casos, por los modos de apropiación de los espacios. La ciudad en general se presenta entonces como un espacio de pujas permanentes y diarias donde la marca del grafiti —

llamado "tatuaje urbano" por algunos autores— puede delimitar territorios. El espacio se muestra a los otros, se nombra, se materializa y participa en la construcción de identidades, dentro de la constitución de dos órdenes: uno visual y otro lingüístico.

La ciudad se nos presenta como un sistema de significaciones que se va a singularizar en lo microsocioal, lo barrial, lo comunitario. Pero la ciudad es también significación social en sí misma, producto de diferentes condiciones históricas, discursivas, valorativas, económicas, políticas, etcétera. Hoy su expresión, o parte de ella, se manifiesta en los espacios microsocioales, donde aún se construyen identidades que, desde una perspectiva contextual, presuponen el concepto de la conciencia de sí, reafirmada desde lo territorial, lo lingüístico, lo familiar, los orígenes, la religiosidad, los códigos, etcétera. Identidad que, en definitiva, se constituye en la interacción con la presencia de un "otro" que forma parte de un escenario, de un espacio microsocioal.

## El diagnóstico comunitario o el conocimiento de lo local para la intervención en comunidad

Pensar en el "diagnóstico comunitario" requiere, en principio, revisar los términos que se utilizan para caracterizarlo. En otras palabras, la utilización de la acepción "diagnóstico" muestra desde el inicio, si se quiere, una medicalización del conocimiento al que se pretende acceder o construir acerca de una comunidad, barrio o localidad. Es decir, la noción de diagnóstico comunitario remite inevitablemente a las prácticas médicas en la búsqueda de "indicadores" o "síntomas" de la "enfermedad" en un determinado lugar o territorio.

Desde una perspectiva clásica, el tema del diagnóstico comunitario o la construcción de conocimiento acerca de las dificultades de determinado escenario es bastante conocido y se puede encontrar en diferentes manuales de atención primaria de salud o en textos sobre desarrollo de la comunidad, tal vez más relacionados con concepciones de tipo universal y esquemas metodológicos que fueron útiles para adaptarse a situaciones diversas pero que plantean dificultades para dar cuenta de las necesidades de intervención en el presente.

En la actualidad, y en función de lo engorroso del trabajo comunitario ante la creciente complejidad social, se hace necesario pensar modalidades de intervención que permitan una aproximación genuina a la particularidad de lo local, en especial a partir de la fuerte heterogeneidad de lo social y las dificultades de acceso a la comprensión y explicación de diversos fenómenos. Estos son presentados en la práctica cotidiana como problemas en tanto demandas de tipo integral.

Dada la dificultad de la intervención comunitaria en la actualidad, la concepción de "diagnóstico" no sería suficiente en la búsqueda de lineamientos, perspectivas y esencialmente horizontes para la intervención en lo social desde cualquier campo. Se podría pensar esta categoría de análisis desde otras miradas, más orientadas hacia lo sociocultural y concebidas según la noción de "microsociología local", tomando aportes de Erving Goffman y otros autores como Geertz, Hammersley, Atkinson o Rosaldo. Sobre este aspecto, Geertz plantea:

Así, los científicos sociales han empezado a comprender que no necesitaban emular a los físicos o a los humanistas de gabinete, ni siquiera inventar algún nuevo dominio del ser que sirviese como objeto de sus investigaciones. En cambio podían proceder según su vocación, intentando

descubrir un orden de la vida colectiva y determinando las conexiones de lo que habían estado realizando con iniciativas afines La explicación interpretativa —y se trata de una forma de explicación, no solo de glosografía exaltada— centra su atención en el significado que las instituciones, acciones, imágenes, expresiones, acontecimientos y costumbres [...] tienen para quienes poseen tales instituciones, acciones, costumbres, etcétera (Geertz, 1983: 33-34).

Acceder al conocimiento de la "microsociología local", desde un punto de vista si se quiere profundo y especialmente vinculado a lo cualitativo, supone una serie de dificultades y posibilidades. En principio, el acceso a la "microsociología local" se relaciona con un determinado contexto, en el cual lo microsocioal se encuentra atravesado por lo macrosocioal, pero, a su vez, este juego de interrelaciones está signado por la historicidad del espacio o territorio y por una serie de aspectos socioculturales que en la actualidad se presentan como sumamente complejos. Desde esta perspectiva, es posible pensar la comunidad como un contexto particular de intervención, desde el cual pueden surgir algunos interrogantes referidos especialmente a la dirección u orientación del trabajo comunitario.

Es posible hacer una larga lista de los objetivos técnicos del trabajo comunitario que aspiran a mejorar la calidad de vida de la población, disminuir las enfermedades infecciosas, incrementar el número de vacunaciones, mejorar los índices de habitabilidad, bajar las tasas de analfabetismo, etcétera. A su vez, en la actualidad se suman nuevas cuestiones como la drogadicción, el sida, el desempleo, la falta de espacios de encuentro o socialización, la violencia doméstica, la violencia urbana, etcétera. Estas últimas provocan

crecientes dificultades en la intervención y son las más frecuentes en las demandas locales, lo cual muestra que es necesario elaborar estrategias de intervención que puedan dar respuesta tanto a los problemas "históricos" de la comunidad como a los que se presentan como novedosos. De esta forma surge la necesidad de profundizar en el conocimiento de lo local, lo que conlleva nuevas cuestiones e interrogantes que se hace necesario trabajar previamente.

Una mirada rápida al contexto nos muestra la posibilidad de comprenderlo, pues se encuentra atravesado por una situación de crisis que, en principio, se podría analizar desde dos puntos de vista. Uno, bastante accesible y medible, es el punto de vista cuantitativo, que puede ser desarrollado en cuadros y gráficos: índices de desempleo, situación alimentaria, tasas de mortalidad infantil, datos demográficos, incidencia de enfermedades infecciosas prevenibles, situación de la vivienda, índices de escolarización, etcétera. Esta mirada nos muestra, a través de datos concretos, la situación de las condiciones objetivas y fácticas de la cuestión social y revela la envergadura de una crisis global que va a impactar singularmente en una comunidad.

Pero, por otra parte, todo este proceso está generando diversos niveles de impacto subjetivo en toda la población, dejando marcas que a su vez remiten a otras necesidades de intervención y otros niveles de problema, lo cual requiere una mirada cualitativa. Desde el punto de vista de lo cualitativo, se reconoce la existencia de nuevos acontecimientos que no son de fácil medición: por ejemplo, por un lado, es posible medir la presencia del sida, pero es muy difícil entender el impacto del VIH sobre la singularidad de su portador y cómo esto implica



una marca familiar y local. Es decir, una situación objetiva implica una impresión en la esfera subjetiva, que puede traducirse en incertidumbre, dificultades familiares, ruptura de lazos sociales, pérdida de espacios de socialización, etcétera, a partir de lo cual se producen nuevas significaciones en cuanto a la idea de enfermedad, por ejemplo, así como también la generación o búsqueda de formas de supervivencia, etcétera.

En la actualidad, la intervención en comunidad se enfrenta con ambas cuestiones, las cuantitativas y las cualitativas. La integración de ambas esferas del problema influye de manera relevante en la metodología de trabajo, generando nuevas modalidades de intervención que intentan actuar sobre ambas.

Desde esta perspectiva, la aproximación al conocimiento de la "microsociología local" implica comprender los espacios de intervención comunitaria desde la existencia de dos órdenes: uno social y otro de experiencia subjetiva. Es decir, dentro de una comunidad nos encontramos con situaciones de interacción entre diferentes actores, que pueden mostrarnos singulares y diferentes formas de padecimiento en tanto efectos de la cuestión social. Desde la perspectiva de Goffman, es posible sugerir el análisis social de esta situación desde una posición integradora. Este proceso de análisis puede mostrar la construcción de una lógica que nuevamente se elabora en dos órdenes, uno macrosocial y otro microsociales, dentro de un contexto que es posible denominar escenario, donde se despliega el guion de la trama social, donde el sujeto y su entorno prueban la vulnerabilidad o eficiencia de sus lazos sociales, su inserción social, su relación con determinados espacios de socialización, la existencia de nuevos papeles en la esfera de la familia, etcétera.

En definitiva, el conocimiento microsociológico local implica la conjunción de los dos aspectos mencionados, es decir, aquello que es posible medir y el impacto cualitativo de los indicadores sociales en la singularidad del contexto donde se propone la intervención comunitaria.

## La observación como inicio de la intervención en comunidad

Desde este plano de análisis y en función del conocimiento del contexto de intervención comunitaria, se hace necesario sumar una mirada cualitativa de la comunidad a la cuantitativa, aportada por los indicadores sociales, económicos, etcétera.

La observación como una de las instancias de la intervención en comunidad implica una forma de aproximación a la realidad que se pretende estudiar en términos de conocimiento de lo microsocioal. Desde los aportes de la investigación-acción es posible plantear que el instrumento de observación en el trabajo comunitario es el "observador mismo", pero este está signado por representaciones y saberes previos que requieren una profunda reflexión y trabajo en equipo para dar lugar a una reelaboración de lo observado en tanto búsqueda de interpretaciones y confrontación con lo empírico, es decir, con lo fáctico. La observación es, entonces, una instancia de un proceso de análisis que contribuye a la interpretación de lo local. Desde esta perspectiva, la observación se vincula a la mirada sobre la trama cultural del espacio microsocioal. Según Geertz, dentro de una situación social pueden existir diferentes claves interpretativas, de ahí la importancia de la propia visión

del actor en tanto construye significaciones en su vida cotidiana.

En definitiva, la observación se relaciona con una situación o acontecimiento estipulado con anterioridad, debe ser planificada y evaluada y es necesario remitirla a proposiciones generales.

Por otro lado, aquello que se observa tiene historicidad, forma parte de un proceso, expresa lo colectivo y se encuentra en movimiento permanente. Además, el papel del observador se vincula a la imagen que de él tiene la comunidad, lo cual construye una esfera de reciprocidades que puede ser caracterizada como intervención comunitaria, en tanto construcción de lazos sociales dentro del proceso de intervención en lo social. Este tema fue de vital interés, por ejemplo, para la Escuela de Chicago, y sobresale en los trabajos de Robert Park. Por otra parte, lo que el observador vea dependerá en gran parte de su ubicación dentro de una determinada red de relaciones locales. De ahí los aportes de la observación participante utilizada en la investigación-acción, que se relacionan con los primeros trabajos de Fals Borda, ya que este dispositivo metodológico permite registrar los medios, los símbolos y los mundos de experiencia que tienen significado para la comunidad.

En principio es necesario acceder a la comprensión y explicación del mundo que tienen los sujetos y grupos sobre los cuales se interviene, intentando aproximarse a los códigos locales, las formas de participación y en especial las modalidades de comprensión y explicación de los problemas sociales que estos poseen.

Este abordaje, que recibe aportes de la antropología y del trabajo social, revela la necesidad de acceder a las formas constitutivas del espacio microsocial en términos de reciprocidades e intercambios. Justamente es este plano

de observación el que se vincula a la intervención. La observación se transforma en un dispositivo de intervención que se orienta hacia la reconstrucción de solidaridades, redes y formas de reciprocidad e intercambio que implican una dinámica material y simbólica en cada situación; es decir, la observación es la instancia inicial de un proceso que busca restituir una trama social fragmentada y fuertemente atravesada por formas de sociabilidad que cada vez más se orientan hacia la esfera individual. La mirada sobre las relaciones de reciprocidad e intercambio, entendidas en términos de relación social o, mejor, de lazo social, presupone esa perspectiva que intenta desde los espacios microsociales amalgamar aquello que la crisis fragmentó.

Otro plano de la mirada se relaciona con lo histórico, vinculando la historicidad y las características organizativas locales a través de determinados dispositivos de intervención que incluyen las asambleas, los espacios grupales y las historias de vida. De esta forma es posible acceder a un conocimiento profundo de la comunidad, en tanto se analizan las potencialidades de organización de los diversos grupos que la integran, así como también las formas de comprensión e interpretación de los problemas dentro de diferentes esferas (organizacionales, grupales, comunitarias, institucionales, etcétera).

Según esta perspectiva, la historia de los sujetos, familias y grupos de la comunidad es concebida desde una estrategia de recuperación de lo propio, de aquello que construye identidad y que, en definitiva, se vincula al "todo social". Resulta necesario, entonces, adaptar para el trabajo comunitario algunos de los dispositivos, técnicas e instrumentos de intervención que las ciencias sociales han utilizado hasta el presente.

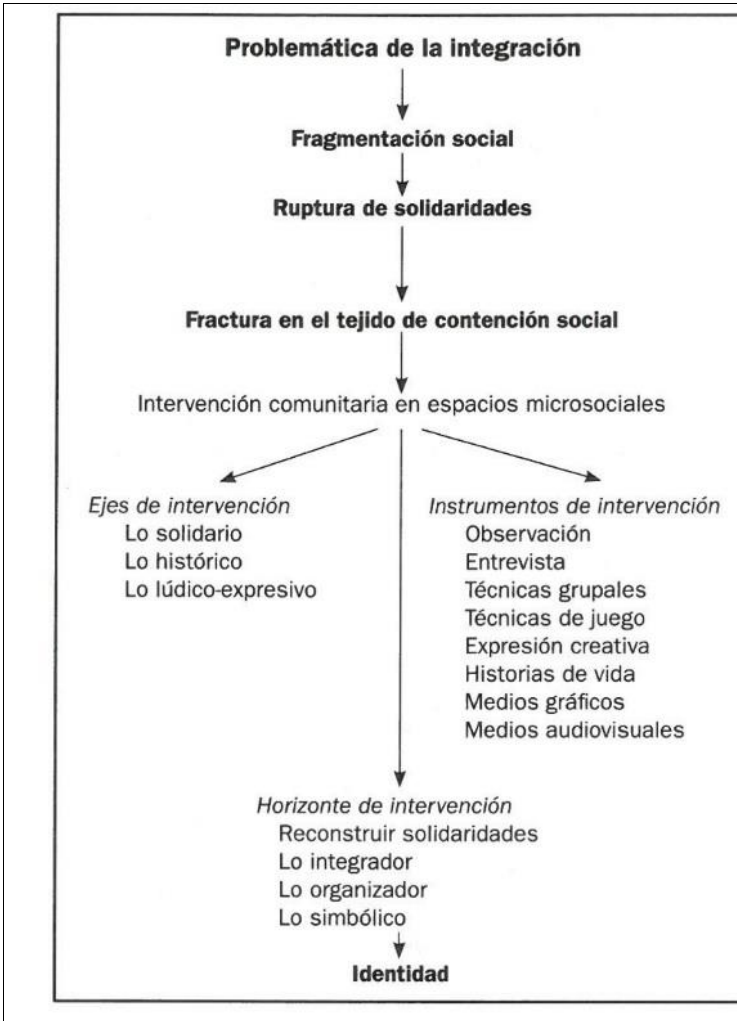
Por otra parte, la mirada hacia los aspectos lúdicos y expresivos muestra también otra posibilidad de aproximación a la comunidad. Con frecuencia, la aplicación de determinadas estrategias de juegos — reglados y no reglados— es útil si se orientan hacia la reconstrucción de una trama social segmentada por las diversas expresiones de la crisis. En muchas experiencias de trabajo de campo, la expresión plástica (por ejemplo, utilizada con niños o adultos para la descripción del barrio y de sus problemas) da cuenta rápidamente de las dificultades de integración y socialización que ese espacio posee.

En síntesis, la observación desde los aportes de la investigación-acción o la investigación participante adaptada al trabajo comunitario se transforma en una modalidad de intervención capaz de orientar futuras acciones en relación con la singularidad de cada espacio microsocioal, cargando de sentidos a los instrumentos clásicos de intervención en comunidad.

### Hacia un esquema de trabajo comunitario

Las estrategias de intervención en comunidad pueden graficarse en un cuadro que nos permita ordenar lo expuesto y profundizar cada uno de sus aspectos. Desde la intervención en los espacios microsociales, la mirada a la cuestión de la solidaridad permite reflexionar acerca de los lazos sociales y de la sociabilidad que estos fomentan. No se trata de recuperar la visión de solidaridad orgánica y/o mecánica, presente en el pensamiento

Gráfico 1

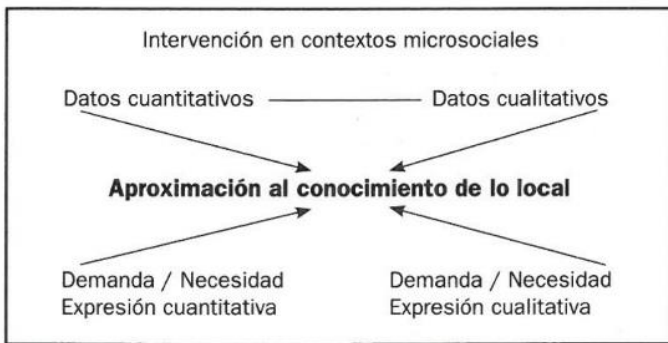


de Emile Durkheim, sino de visualizar los lazos sociales desde las relaciones informales que se construyen en el espacio de la vida cotidiana.

Considerar la importancia de la solidaridad permite intervenir en la estructura de los lazos sociales que se

establecen en los espacios microsociales: desde una intervención en comunidad, la visión de la solidaridad constituye una vía de llegada a las diferentes formas organizativas que pueden encontrarse en un determinado espacio o lugar de intervención.

Gráfico 2



De modo que, desde la perspectiva de solidaridad centrada en los lazos sociales, es posible una aproximación al conocimiento y análisis de la realidad local, de los significados que se atribuyen a los acontecimientos en ese medio, y de la influencia de lo macrosocial en ellos.

Dentro de esta arquitectura de lazos sociales es posible precisar el campo de relaciones de una persona, la representación del espacio y el tiempo de dichos lazos y su proyección al conjunto de lo microsociales, así como también develar las relaciones con el todo social. Esta trama arquitectónica puede transformarse, a partir de la intervención, en un lugar de intercambio material, simbólico e imaginario, que se relacionará con las reciprocidades de los integrantes de un grupo o barrio

en lo que se refiere a la construcción de identidades. A su vez, posee reglas (códigos) no escritas, lo que la ratifica en un lugar de informalidad asociándola con una determinada dinámica cultural y con un sistema de códigos y valores.

Esta articulación de lazos sociales que es posible develar a partir de la intervención en espacios microsociales implica una serie de relaciones informales que se construyen y se recrean a partir de acontecimientos significativos, como la biografía de sus integrantes, el parentesco, la vecindad o la amistad. Pero, por otro lado, esta trama de relaciones que se estructuran a partir de lazos sociales se asocia a determinados procesos colectivos y a su historia, y constituye también una circulación de intersubjetividades que exige otra vía de ingreso a la cuestión de la identidad. Las relaciones que se constituyen a través de los lazos sociales tienen un sentido integrador, organizador y simbólico. Desde la filosofía de Husserl, la relación en cuanto a las cosas es impensable sin una corporeidad constitutiva, sin un punto intermedio:

La subjetividad pasa a la esfera intermedia de la intersubjetividad, un "entre" (zwischen) como lo llama Martin Buber, un "mundo intermedio" (zwischenreich) como lo llama MerleauPonty, un "reino intermedio" como lo he llamado, que pertenece a todos y a ninguno en particular (Waldenfels, 1997).

Además, la construcción de sociabilidad a través de los lazos sociales significa la posibilidad de encontrarse con ciertos niveles de predicción, organización de recursos, previsión y contención. De esta forma, el mundo de lo incierto, en tanto padecimiento, puede retomar certezas, pequeñas pero significativas, que se inscriben en lo intersubjetivo.

Así, los lazos sociales no solo ratifican, en la vida cotidiana, la identidad de cada uno de los integrantes de la arquitectura



mencionada y la percepción, identificación y resolución de problemas; también construyen instancias de contención y apoyo que se "salen de los carriles" establecidos formalmente en la sociabilidad del contrato, apoyándose en la cohesión del lazo. Otra vez, la problemática de la identidad se presenta como horizonte de la intervención.

Por otra parte, todo este juego de intercambios y reciprocidades no es acumulable, no está escrito (en términos de contrato), no implica rendir cuentas desde la perspectiva del "balance", sino simplemente explicitarlo desde la interacción a través de las relaciones sociales. Ahora bien, aunque no está escrito, este dispositivo de intercambios tiene registro en términos de inscripción y, de esta forma, construye su propia memoria.

Objetivamente los intercambios son múltiples, observables y cuantificables; de esta forma se intercambian apoyo, información, objetos, cuidados, dinero, etcétera. Cada etapa o tiempo de circulación de intercambios en esta arquitectura de lazos sociales va a relacionarse con dos aspectos relevantes: por un lado, con la constante recreación del vínculo y, por otro lado, con la construcción o legitimación de formas propias de normatividad de las acciones.

Este entramado de lazos sociales construye una forma de solidaridad, de intervención informal en la "problemática de la integración", pero también se presenta para la intervención en lo social como un interlocutor, y puede dar cuenta del estado de organización de determinado grupo o comunidad o de la relación que estos establecen con sus necesidades. Desde la intervención en lo social se plantea una serie de preguntas dirigidas hacia ese entramado o arquitectura construida a través de lazos sociales. En principio, la indagación apunta a las actividades en tanto intercambios que se puedan realizar en esa trama sociocultural. A su vez, las formas de relación y de comunicación

constituyen un posible aporte para una mayor comprensión de lo local. Asimismo, la forma de construcción de esa sociabilidad se presenta como significativa, ya que puede orientar acerca de la historia del grupo o la comunidad. Desde esta perspectiva, la interrogación acerca de la historia resulta relevante para la recopilación de relatos, individuales o grupales, sobre la constitución de esa trama.

Por otra parte, los interrogantes de la intervención en lo social también apuntan a la interrupción de esa serie de tramas y/o lazos sociales, a sus obstáculos y a las posibilidades de facilitar su circulación, como así también de determinar dónde y cómo es posible, en la intervención, la recomposición de aquello que se fracturó o fragmentó.

La aplicación de instrumentos de intervención que consideran la historia del sujeto, grupo o microsociedad confiere, en principio, un reconocimiento que permite comprender el campo en el que se despliega la intervención desde una perspectiva histórico-social. En otras palabras, es necesario conferirle a la intervención la posibilidad de una aproximación desde lo colectivo, como estrategia para la reconstrucción de la historia.

Las entrevistas signadas por relatos de historias de vida, biografías o acontecimientos significativos implican en sí mismas una intervención, ya que permiten relacionar los acontecimientos del presente con una revisión del pasado. De esta forma, el propio relato construye un escenario de intervención, y a su vez se transforma en su instrumento. El relato biográfico o "historia de vida" es básicamente un documento humano, un relato de experiencias: da cuenta de las acciones de un sujeto, grupo o comunidad en tanto participantes histórico-sociales de la vida social.

De esta forma, la intervención vincula historia y contexto, allí donde la palabra de ese otro implica una fuerte corriente de

sentidos. El relato oral abre una serie de posibilidades de acceso al mundo de significaciones de los sujetos sobre los cuales se interviene. En la tradición aborigen de América, por ejemplo, el registro de los relatos orales restituye los valores significativos de la comunidad y nos enseña acerca de la persistencia de esos valores en la actualidad.

El nombre que me dio mi padre es Walimai, que en la lengua de nuestros hermanos del norte quiere decir viento. Puedo contártelo porque eres como mi propia hija y tienes mi permiso para nombrarme, aunque solo cuando estamos en familia. Se debe tener mucho cuidado con los nombres de las personas y de los seres queridos porque al pronunciarlos se toca su corazón (Allende, 1995).

Desde esta perspectiva de recuperación de lo oral, utilizando como elemento básico el idioma y la palabra, "hablar es también ser". Hablar es nombrar, y el habla se relaciona con el orden constitutivo de la sociabilidad.

Esta recuperación histórica, en tanto intervención, implica también una construcción de lo vivencial, que hace posible articular los acontecimientos personales, sociales y comunitarios con un sentido histórico, resignificando o encontrando nuevos sentidos a cuestiones actuales.

En definitiva, la intervención que utiliza como instrumento las biografías o historias de vida va a circunscribirse a la "cuestión social"; es decir, se enfrentará a relatos históricos que se refieren a acontecimientos de tipo social.

Desde una perspectiva más instrumental, las biografías describen momentos de inflexión de la vida de los sujetos, a través de recuerdos o fuentes documentales que pueden ser cartas, diarios, fotografías, etcétera.

Las cartas atadas con la cinta rosa cayeron al fuego y se quemaron sin desparramarse. En cambio, el otro grupo de cartas, sin la cinta celeste que lo uniera, se encrespaba y se desparramaba por el horno incineratorio. Se soltaban las hojas y la llama que había de ennegrecerlas y destruirlas antes las iluminaba fugazmente ya mañana termina la semana... ” “ ..que desconfiara de las rubias ¿qué le vas a consultar a la almohada?... .. unas lagrimitas de cocodrilo. .. al cine? ¿quién te va a comprar los chokolatines? . . . ” (Puig, 1969).

Este párrafo de la novela *Boquitas pintadas*, de Manuel Puig, muestra la fuerte carga de sentidos de lo dicho, en este caso en el marco del género epistolar: la recuperación de las palabras alguna vez escritas o pronunciadas "revive" una historia del pasado que continúa inscrita en el presente pero, tal vez, opacada por otros acontecimientos que no dejan que la memoria se exprese. Así, la recuperación de lo histórico como estrategia de intervención en lo social muestra la posibilidad de actualizar una mirada del pasado que organice o clarifique situaciones significativas en una comunidad, grupo, institución, etcétera.

En definitiva, se trata de una estrategia de recuperación de aquello que el sujeto, grupo o comunidad portan. Desde esta perspectiva, la recuperación de la historia como instrumento de la intervención en lo social constituye otro plano de acceso a la construcción de identidad. La historia muestra una posibilidad concreta de intervención, que recupera la memoria colectiva, poniéndola en escena a través de espectáculos teatrales o audiovisuales, o por medio de muestras fotográficas que representen la historia de un lugar, grupo o territorio.

En definitiva, la recuperación de la historia como estrategia de intervención trata de desentrañar los

aspectos simbólicos de la vida social, desde las significaciones individuales o desde las narraciones que hablan de lo colectivo. A su vez, puede dar cuenta de historias de vida en determinados contextos, explicitando pautas de relación y construcción de sociabilidad.

Así, es posible proponer la intervención en comunidad como recuperación de la historia a partir de una serie de estrategias útiles desde una perspectiva instrumental: en primer lugar, la posibilidad de lo grupal como instancia de trabajo donde el grupo comparte el relato, que se orienta hacia la historia del lugar, sus problemas en el pasado y la búsqueda de soluciones en el presente; en segundo lugar, la recuperación de las formas solidarias y autogestionadas que ocurrieron en el pasado y se resignificaron o no en el presente.

El trabajo con grupos heterogéneos puede ser útil debido a la diversidad de representaciones de aquello que se recupera, ya sea desde la perspectiva de los actores que estuvieron presentes o de los miembros de generaciones posteriores que de alguna manera reprodujeron o conservan la inscripción de esos acontecimientos. La posibilidad de acompañar los relatos con objetos o imágenes potencia los atributos de la memoria "corporizando" la historia y da cuenta de los acontecimientos que la comunidad, grupo o institución considera significativos o relevantes. Como recurso para facilitar lo grupal y la relación con el resto de la comunidad, algunas experiencias intentaron poner en escena obras teatrales o muestras de objetos, fotografías, etcétera, articulando pasado y presente en un movimiento de integración signado por el fortalecimiento de lazos sociales, la recuperación histórica y la expresión.

Por último, la recuperación de formas lúdicas o creativas que se desarrollaron en el pasado y su expresión en el presente atañen a la construcción de un relato

histórico donde el protagonista es la propia memoria colectiva.

Lo lúdico expresivo como estrategia de intervención

Solo en sueños, en la poesía, en el juego —encender una vela,  
andar con ella por el corredor— nos asomamos a veces a lo  
que fuimos antes de ser esto que vaya a saber si somos.

JULIO CORTÁZAR

Jugar implica "fundar un orden", desarrollar actitudes y conductas diferentes de las habituales que posibilitan otra forma de vinculación con el mundo, la vida social y su trama de significaciones. Cada acercamiento lúdico a la realidad genera interrogantes, origina nuevas inquietudes e impulsa formas de relación o construcción de lazos sociales. Un acercamiento lúdico a la vida cotidiana presupone, entonces, tanto la generación de interrogantes como, especialmente, la creación de nuevas formas de relación con los otros.

Mucha gente termina huyendo del barrio, y necesitamos más propuestas que reviertan esta situación. Propuestas que desarrollen un conjunto de actividades. No solo para que comuniquen a la gente del barrio entre sí, sino para que también expresen y permitan el protagonismo de su creatividad. ¿Por qué no convertir la tarde del domingo —tradicionalmente lugar de muchas depresiones— en una tarde de fiesta en el barrio? (Belziti, 1992).

Cada juego o actividad expresiva abre la posibilidad de que lo inesperado se presente, que lo inédito entre en escena. En algunas experiencias en el campo de la salud mental, el juego o la expresión creativa impulsaron la construcción de espacios grupales donde antes no existían. A partir de la irrupción de las problemáticas actuales es posible pensar estos instrumentos como modalidades de intervención que permiten incluir aquello que las desigualdades sociales excluyeron, es decir, separaron del todo social.

El juego aparece como una posibilidad de instalar nuevas reglas, que instauran lo que antes no estaba presente, o, sencillamente, muestran que es posible esa construcción. En algunas prácticas de intervención en comunidad se apela a dispositivos lúdicos. Es posible pensar que, si se trata de trabajar con determinada técnica, lo interesante reside sobre todo en la articulación de sus sentidos. Desde esta perspectiva, el trabajo se orientaría hacia la búsqueda de cohesión del grupo. Es por eso que resulta importante determinar quiénes juegan, para qué lo hacen y cuáles son los efectos de las actividades en el orden de lo simbólico. Efectos que, en definitiva, se van a relacionar con la recuperación de lazos sociales, pero también con la posibilidad de aumentar la confianza en las capacidades de quienes participan de ese espacio de intervención.

Para nosotros juego viene de *dejo cum*, palabra de origen latino que significa broma o burla. El juego es, pues, lo diferente de lo cotidiano, lo diverso, lo establecido: es la variante, la creatividad misma. Desde la perspectiva occidental, juego y trabajo pertenecen a esferas distintas del quehacer, como la burla, lo serio o la diversión y la vida cotidiana. En las lenguas indígenas americanas no hubo nunca una palabra [..] que pudiera traducirse por lo que llamamos "trabajo". A nadie se le podía ocurrir que no fuera placentero, que no fuera cocreativo con la naturaleza, con Dios, con la sociedad, con lo humano; por ejemplo, construir una casa, pescar,

tallar una piedra, pintar una roca [...] eso nunca podía ser "trabajo" (Magrassi, 1985).

Lo lúdico se presenta, así como estrategia de recuperación desde un punto de vista instrumental, pero también como una manera de alterar el orden de lo cotidiano, demostrando la posibilidad de resignificar o reconstruir situaciones. El juego permite suspender o desplazar las determinaciones que parecen infranqueables en el sistema de convenciones de la vida cotidiana. Desde una perspectiva de intervención en lo social, lo lúdico no implica solo un instrumento de encuentro o un "pasatiempo" sino una intervención que puede cargarse de sentido en la medida en que se defina con claridad su horizonte.

A su vez, el juego define su propio espacio-tiempo, ajeno a los acontecimientos que se insertan en la temporalidad lineal, no exenta de fatalismo, de la vida cotidiana. Así, las jerarquías, los valores, las leyes, las normas no funcionan en el espacio consagrado al juego:

Jugar es fundar un orden o improvisarlo y someterse gozosamente a él en el caso de los juegos tradicionales, desde el más simple y espontáneo, como el balero, hasta el más complejo y racional, como el ajedrez. Y es el orden lúdico —sin el cual no hay juego— el que define y limita la libertad del jugador (Scheines, 1985).

Lo creativo como instrumento de intervención se presenta como otra manera de aproximación cualitativa a la dinámica cultural de lo microsocioal. Se trataría de articular determinados factores individuales o subjetivos en relación con los diferentes estímulos del medio, desde una visión histórico-social del sujeto. Desde esta perspectiva, lo creativo formaría parte de un proceso que surge y sustenta la propia identidad. A partir de lo grupal,



si se entiende al grupo como un lugar transitorio, este, a través de la expresión de la creatividad, ratifica su inserción en el lugar y construye formas que en definitiva apuntan a sentir y sostener su propia inclusión. Para Freud, el arte se presenta como un terreno intermedio, entre la realidad que se opone a nuestros deseos y el mundo de la fantasía que intenta satisfacerlos plenamente.

A su vez, lo creativo se presenta como la posibilidad de construir y elaborar nuevas respuestas ante nuevas situaciones, desde el sujeto, el grupo o la comunidad. Por otra parte, la creatividad como dispositivo de intervención implica el redescubrimiento de la importancia de lo grupal, la relación entre lo grupal y lo comunitario, la promoción de nuevas formas de comunicación y, por último, la posibilidad de explorar posibilidades expresivas del cuerpo en relación con el espacio.

Lo creativo solo es posible como estructura de valores a través de un grupo humano; esos valores se sitúan y expresan en el presente, pero tienen un correlato histórico significativo.

En definitiva, lo creativo como estrategia de intervención lleva, en otro plano, a crear, sustentar o reconstruir la identidad. Así se conjuga una serie de factores individuales que hacen a la configuración histórico-social del sujeto en permanente relación con las influencias del escenario.

Desde una perspectiva instrumental, existen diferentes técnicas de intervención que se apoyan en distintos medios expresivos: los plásticos, cuya finalidad es la expresión y el desarrollo de la imaginación; los dramáticos, que permiten poner en escena situaciones o problemas de solución compleja; los literarios, que proponen la reconstrucción y construcción de tramas discursivas.

Por último, la intervención en espacios microsociales se presenta como una posibilidad de revisar el trabajo comunitario desde una perspectiva que le permita dialogar con otros campos del saber. Pero tal vez lo más significativo sea definir con claridad el horizonte de la intervención dentro de la singularidad de lo local.